

Sentimientos extremos ante una realidad extrema

Del traslado del conflicto a la construcción de símbolos

José Luis de la Flor

LE CARRÉ, John, *El jardinero fiel*, Ed. Random House Mondadori S.A. Barcelona, 2001

MANSELL, Henning, *El cerebro de Kennedy*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2006

¿Qué pueden aportar a una revista de Relaciones Internacionales dos novelas actuales, como *El jardinero fiel* de John le Carré y *El cerebro de Kennedy* de Henning Mankell?

Vamos a buscar contestar a la pregunta en esta recesión. Para ello es oportuno acercarnos primero a las trayectorias de nuestros dos autores. No estamos ni mucho menos ante dos escritores noveles, desconocidos para el mercado literario y los lectores. Si John le Carré puede colocar cada libro editado en los primeros puestos de las listas de ventas, Henning Mankell ha logrado hacerse un espacio propio dentro de la novela policíaca de las últimas décadas. Fácilmente sus novedades literarias se colocan en los escaparates de las librerías o se anuncian por la megafonía de los centros comerciales.

Ambos han hecho del suspense y la intriga su hogar literario. Cuando escriben invitan a personajes, psicologías, principios éticos e intereses de mercado a convivir bajo ese mismo techo familiar. Como buenos anfitriones, se han tomado la dedicación de conocer a quién convidan y logran una velada en la que nadie se siente sólo, todos participan. La preparación del *encuentro* requiere tiempo para diseñar la lista de *invitados*, lo que permite a le Carré y a Mankell conocer a éstos, estudiar sus gustos y sus hábitos.

Un alto porcentaje del éxito de los dos libros que presentamos reside en esta duración del estudio. La frescura que logran las dos novelas, su facilidad para ser leídas se debe, en última instancia, a la habilidad para tejer una red donde juegan las distintas éticas de los personajes. El encuentro entre las éticas y los papeles

representados por diplomáticos, cooperantes, población local o ejecutivos farmacéuticos, da pie a una realidad narrada (objetivo último del estudio) que entra en tensión con los intereses que ocultan las acciones de éstos (objetivo principal del estudio) De la combinación que Carré y Mankell establecen entre estos dos objetivos, nacerá el suspense como estimulante literario para llegar al final de las historias.

Aunque John le Carré y Henning Mankell hacen ficción y así lo aclaran al final de las dos novelas, sus mimbres salen de la misma realidad a la que luego van a parar sus libros. Entonces, su esfuerzo reside en observar, investigar y redactar amenamente dinámicas que el gran público desconoce o simplemente sospecha.

Si algunas veces se busca la evasión de la realidad a través de la literatura, otras veces se requiere de la literatura justamente lo contrario; buscamos en ella otra manera de contar lo real, en la que aparezcan los sentimientos o las verdades que creemos desaparecidas u ocultas en el orden en el que vivimos

Es a esta última variedad a la que responden nuestros libros. Y si ambos logran, como creemos, convocar esos sentimientos y esas verdades que permanecen en la sombra es gracias a un patrón de veracidad que destilan como característica fundamental *El Jardínero fiel* y *El cerebro de Kennedy*. Este patrón de veracidad en las novelas que denuncian lo que está oculto se logra cuando se hacen creíbles las historias relatadas. Y ello no depende exclusivamente de la puesta en práctica de un realismo contrastado, sino por la conjunción natural entre sentimientos y vivencias relatadas. Si se hace necesario una correcta representación de los sentimientos y las experiencias narradas no lo es menos la consecución de una coherencia entre la postura racional y la postura ética de los personajes que se describen. Ambas características suceden en nuestras dos novelas.

Sobre los sentimientos

El jardínero fiel relata la vida de Justin, profesional de la diplomacia británica destinado a Kenia y casado con una brillante y bella joven de la que de manera consciente se sabe separado por las obligaciones de un cargo que ha terminado admitiendo con la misma naturalidad con la que se dedica al cuidado de su jardín

en Nairobi. Tras la muerte de su esposa Tessa, paladina de lo que el resto del cuerpo diplomático inglés considera causas perdidas o intromisión en los asuntos de la Corona, Justin comienza una cruzada por amor, un sentimiento en extinción dentro de los muros que gobiernan su día a día. Si antes amar a Tessa había significado la no intromisión de Justin en los asuntos que ésta investigaba, su muerte va a significar para nuestro protagonista el encuentro con la única manera de seguir respetando, como en el pasado, a su compañera: desvelar su asesinato, aclarar lo que sabía Tessa: comprometerse en su causa.

No es este mismo sentimiento el que convoca a la arqueóloga sueca Louise Cantor, protagonista del *Cerebro de Kennedy*. Ella sale de las excavaciones del Peloponeso con la ilusión de pasar unos días en su país natal donde irá a visitar a su hijo Henrik. La inesperada muerte de éste sobrecoge a Louise que comenzará un viaje para desvelar las causas de lo que la policía considera un suicidio. Así recorre Australia en busca del padre de Henrik, Barcelona donde vivió un tiempo su hijo y Mozambique donde estuvo trabajando con una organización que daba tratamientos paliativos a los enfermos de VIH positivo. Todas estas estancias sirven a Louise para repensar al hijo perdido y ante todo para repensarse a ella misma. Si Justin hace un viaje por amor, Louise también pero con destinos diferentes. Para uno significará dar la vida, para la otra significará encontrarse con la vida que se ha perdido.

Afectos personales que responden a distintas pérdidas pero que recuerdan modelos sociales que parecen tomar fuerza en la sociedad en la que vivimos. ¿Cómo sino comprender el compromiso tácito entre Tessa y Justin basado en la no comunicación o la imagen de derrumbe de una madre que creyó dar todo a un hijo que finalmente desconocía? No son formas alejadas de nuestra realidad; por el contrario, representan modelos de vida que sabemos pueden suceder. En cierta manera son estos tejidos sentimentales, al ser creíbles, los que pueden cautivar al lector.

Pero la fuerza de las historias no deviene sólo de este círculo personal. Lo que les da densidad y credibilidad son las maneras de responder ante la adversidad que asoma en forma de asesinato o pretendido suicidio. La densidad llega por la entrega a la misión que el ser querido dejó inacabada, por tomar su testigo. En un caso esa continuación de la tarea no culminada lleva a la explosión de un amor que

se da hasta las últimas consecuencias, en el otro culmina con el conocimiento del tiempo que se ha ido sin posibilidad de recuperarse.

Sobre los posicionamientos

La capacidad de someter esos sentimientos a juicio para apreciar lo que de verdad llevan; es decir, reflexionar sobre cuán creíbles son, viene determinada por el otro pilar sobre el que se construyen las novelas: el posicionamiento de los protagonistas. Le Carré y Mankell se encargan de colocar estas sensaciones dentro de un lugar y un momento histórico determinado y aquí comienza el suspense.

Porque estas sensaciones toman cuerpo y existen dentro de una realidad concreta. Si nuestros autores nos han hecho creíbles los anteriores sentimientos es porque han podido validarlos en función de la postura que Louise y Justin van tomando según van comprendiendo y participando de aquello a lo que se dedicaban su mujer y su hijo. Sendos viajes sentimentales suceden porque cambian las miradas y los discursos frente a las realidades en las que se encuentran. Veamos cómo sucede en los dos casos.

Louise descubre un mundo desconocido, viaja a Mozambique intrigada por las notas que su hijo fallecido fue recopilando. Las informaciones que va juntando la empujan incontrolablemente a una realidad que la va transformando. La continua revisión de su uso del tiempo con su exmarido, su hijo o sus otras relaciones sentimentales se realiza a la par que toma noción de una realidad desconocida, la situación de los enfermos de VIH positivo en Mozambique.

Mankell se cuida de retratar a una mujer libre de prejuicios; por el contrario, Louise no deja de ser una europea desubicada en África. Su mirada de arqueóloga la ha sedimentado en los conocimientos sobre las arcillas y el óxido de hierro para datar la cerámica. A eso parece atenerse hasta que el descubrimiento de las facetas ocultas de su hijo la va despertando y mira la realidad africana de otra manera. Las herramientas de una mujer moderna que disponía de su tiempo y sus recursos entre Grecia y Suecia se muestran inútiles ante la necesidad de adaptarse a otro tiempo, a otro espacio. Sus juicios personales hacia la gente de Mozambique van transformándose mientras comprende las conexiones de ciertos funcionarios de la embajada sueca y la situación de pobreza que vive la población.

El lector puede sentirse cómplice de la injusta situación que observa Louise y hoja tras hoja, mientras el suspense sobre lo que hacía su hijo se va desvelando, comparte con la madre su transformación. Mankell combina el proceso sentimental de Louise con la presentación de una realidad deshumanizada y la experiencia de la madre termina siendo la excusa para que el autor nos hable, en clave de ficción, de los pocos escrúpulos que la economía puede llegar a tener. No es un resultado casual, como nos aclara el escritor en la nota final de *El cerebro de Kennedy*; el libro está escrito con "ira"¹. Pero Mankell puede disfrazar esta "ira" a través del salto que obliga a dar a un personaje intencionadamente creado como es Louise.

Ésta, impulsada desde la experiencia vital de una madre en proceso de deconstrucción, viene a aterrizar a una realidad africana que acaba controlando a través de las únicas herramientas que posee en ese momento. Al ser estas herramientas las propias a una pérdida de fe en su papel de progenitora y al ser Louise la presentadora en la novela de la realidad africana, lo que el escritor logra es aumentar la carga ya de por sí dramática sobre la situación de la población local. En definitiva, construye un personaje y un desarrollo del mismo propicio para abrigar la "ira" que motiva su narración.

"Ira" contra los rincones más ocultos del ser humano que, si en un primer momento pudieran parecer los producidos por la revisión que Louise hace de su propia vida, va cediendo protagonismo ante los intereses farmacéuticos del norte ocultos detrás de falsas organizaciones de cooperación y consulados. La capacidad de creer en una revisión tan agria como la que hace Louise de su vida coincide con una relectura del interés del norte por el continente africano.

En la otra novela, *El jardinero fiel*, la complicidad de Justin con su mujer existe desde el momento en que comprendemos que hay una transformación en su manera de observar una realidad ya conocida, la de su vida en Nairobi. La sensación de pérdida y el recuerdo de Tessa toman forma a través de la misma realidad que había permitido anteriormente mostrar el amor hacia ella en función de la paciencia y el respeto, la no intromisión en las investigaciones de ella.

El mundo de Justin era políticamente correcto y parecía que estaba a salvo de terremotos. Los mecanismos dispuestos para que parezca que todo cambia y, por el contrario, todo siga igual parecían funcionar a la perfección. De tal manera el

Gobierno de Kenia agradece y colabora con las autoridades extranjeras, la cooperación y los intereses capitalistas en beneficio de la salud de su pueblo. Todos andan detrás del mismo objetivo: aportar medicinas innovadoras para curar las dolencias de una población sin recursos. Lejos queda la imagen de la colonia y la explotación. El mundo ha cambiado y así lo hemos entendido.

Hasta aquí todo correcto. El problema surge cuando se desvela que tales intereses sanitarios no son un objetivo en sí mismo, sino que son el paso anterior a un objetivo más ambicioso: la introducción de medicamentos en el mercado del norte para lo cual la población africana se presenta como un laboratorio libre de regulación. Éste es el mundo que se va abriendo a los ojos de Justin y cuyo conocimiento, en un primer momento debido al recuerdo de Tessa, lo acabará arrastrando sin remisión.

Es la manera de entender ahora los asuntos de la embajada británica, sus antiguos compañeros, la industria farmacéutica y las relaciones que se entablan entre ellos los que se transforman ante la mirada de Justin, evidenciando la verdad del sentimiento hacia Tessa.

Con la transformación de un jardinero paciente, de un caballero inglés lo que le Carré consigue es presentarnos toda una cartografía del poder en África: la industria farmacéutica respaldada por el silencio del Foreign Office británico y con la complicidad desinteresada de un periodismo más centrado en la búsqueda de fotografías para vender que de la verdad que encierran los hechos. Una estructura fuerte y compacta, impenetrable hasta para los propios agentes de Scotland Yard que son apartados del caso cuando comienzan a preguntar demasiado y que será sólo desvelada a través de la única manera en que Justin comprende sus sentimientos: la entrega total a la causa de Tessa.

Sobre el contexto

La coherencia entre los sentimientos enfrentados en las dos novelas y las actitudes de posicionamiento que conlleva tales transformaciones suceden bajo una misma temática: las acciones que la industria farmacéutica lleva a cabo en África.

Hemos querido describir en los puntos anteriores el juego que existe entre los procesos sentimentales y las posturas tomadas por los protagonistas. También hemos querido con ello establecer cierta dinámica en la que creemos y que a continuación explicamos. Si se logra coordinar los procesos sentimentales y las acciones emprendidas no sólo se dan coherencia a las posturas relatadas, sino que también gana en veracidad lo denunciado.

Y es mediante esta labor de denuncia así estructurada, como le Carré y Mankell logran construir una protesta literaria que tiene como objetivo llegar al mayor número de lectores posibles y continuar escalando en las ventas. De acuerdo, no son libros académicos pero sí son productos sociales que se leen, se comentan o se comparten y, en definitiva, creemos que para un gran número de personas trasladan si no los debates de la disciplina, sí alguno de los temas principales debatidos en ella; por ejemplo: los distintos actores presentes (políticos, multinacionales, cooperación...) o los diferentes lenguajes entre ética y política. Por ello, creemos que para un amplio sector de población libros como los tratados en esta recesión pueden terminar creando una imagen no académica sobre las cuestiones internacionales.

La necesidad de saber qué conocimientos sobre relaciones internacionales tiene la sociedad a la cual la Academia traslada sus investigaciones (en el caso de que interese dar este destino a las obras más allá de nuestra propia comunidad científica), hace pertinente conocer los mimbres con los que nuestra sociedad construye el listón del discurso sobre las relaciones internacionales. De ahí, la pertinencia de integrar estas dos novelas entre los contenidos de esta revista.

De tal manera la visión del sector farmacéutico que nuestra sociedad tiene en definitiva, aquella población con la cual la industria ha firmado un contrato tácito para atender sus dolencias y requerimientos, puede deber más de lo que creemos a las aportaciones de le Carré y la película a la que dio pie. Creemos que estas obras han podido crear una conciencia crítica, lo que habrá que reflexionar es si dicha conciencia radica en una nueva manera de representar el desequilibrio existente entre las relaciones Norte-Sur o si añade alguna característica particular a esta relación.

Los ensayos clínicos sobre población indefensa que se describen en los libros conectan con uno de los problemas más denunciados en la actualidad: la falta de acceso a los medicamentos en las naciones del sur. Le Carré y Mankell inciden en sus novelas sobre esta situación, pero las cuestiones sanitarias en África no sólo dependen de la llegada de medicamentos a la población².

Sin minimizar esta situación, lo que se necesita es un estudio más complejo. Las variantes que aterrizan sobre la capacidad de los estados africanos para responder a sus necesidades sanitarias pasan tanto por un verdadero interés en dar respuesta a estas necesidades por parte de los gobiernos estatales, como de la convivencia de otros factores. Entre estos últimos, la imposición de medidas económicas y de condicionalidad política para la llegada de ayuda sanitaria.

Los actuales planes sanitarios se hallan diseñados desde la convergencia de las políticas del Banco Mundial y el interés de donantes privados cuyo dinero se destina a través de planes verticales a paliar enfermedades que como el VIH positivo preocupan al Norte por el peligro de expansión que ataña. Estas medidas implican la focalización de los recursos para combatir al ya comentado VIH positivo, la tuberculosis o la malaria; lo que obliga a concentrar los pocos recursos disponibles desatendiendo otras necesidades y desestructurando, en definitiva, los ya precarios sistemas de salud existentes.

Esto nos da pie a comprender que el uso de los medicamentos es efectivo si se hace un uso racional de ellos; es decir, coordinados con otros tratamientos, con mecanismos de prevención y diagnóstico que otorguen validez a la necesidad de medicar al enfermo. La capacidad de creer que la llegada de medicamentos al Sur es la herramienta para mejorar su nivel de salud, tiene más que ver con los usos que desde nuestras sociedades les damos que con el verdadero problema al que se enfrentan.

No se trata de negar la necesidad de revisar los mecanismos de patentes ni de buscar un mejor ajuste de precios, pero sí de reflexionar sobre el hecho de que muchas veces las soluciones no son tan claras como nuestra sociedad considera. La capacidad de levantar luchas justas (acceso a los medicamentos) puede dar pie a levantar demandas desconectadas (descuido de los sistemas sanitarios) que

fácilmente pueden acabar en símbolos representativos de una época. Intentemos explicar este riesgo.

Herederos como somos de un pasado que nos hace vivir una época de desideologización, podría parecer que como occidentales hemos admitido la resolución directa y concreta de los problemas. Sería oportuno preguntarnos si la amplia población a la que se destinan estos libros confía en la posibilidad de solucionar los conflictos del Planeta pasando por alto la necesidad de un nuevo diseño en las relaciones de poder Norte-Sur. Si hemos administrado nuestra historia más reciente a través de la negación de las grandes narraciones, ¿qué características puede encerrar un presente deudor de ese principio? ¿Estamos en brazos de lo que podemos considerar un sentimiento ético internacional surgido del sacrificio de un internacionalismo político? No se trata de resolver la pregunta, sino de legitimar la cuestión.

A esta premisa responde el juego establecido entre el acceso a los medicamentos y los sistemas sanitarios. Creemos que en nuestra sociedad el discurso sobre el acceso a los medicamentos nace y se hace fuerte en una exigencia ética que demanda ajustes políticos concretos. Está bien que seamos apelados por la ética pero ¿cómo no serlo ante un caso tan fragante como la privatización de un tipo de práctica curativa que una comunidad niega a otra? Si para despertar la urgencia en la toma de medidas políticas necesitamos de la urgencia de los dictados de la moral, ¿no estaremos abocados al acto sólo cuando los límites de nuestra moral sean ampliamente sobrepasados? Y cuando los ajustes políticos signifiquen, por ejemplo, una nueva regulación de patentes o investigación en aquellas enfermedades que la industria ha olvidado o no atiende por criterios económicos, ¿nos sentiremos satisfechos? ¿Qué nos dará la seguridad para confiar que tales medidas serán suficientes para no reproducir en el futuro las inequidades del pasado?

Por ello se hace interesante la inclusión de los sistemas sanitarios, porque su sola figura nos convoca a entender que los medicamentos se insertan dentro de una relación más amplia que la de paciente-fármaco. La palabra "sistema" debe invitarnos a complejizar la realidad. Porque con ella aparece el estado y sus medios de asistencia, las características culturales de cada nación, las necesidades de cada población ajustadas a estructuras sanitarias pertinentes, la prevención y el énfasis

ante ciertas dolencias locales, la salud pública, los factores causantes de la enfermedad y no sólo los factores curativos como el medicamento... Y con ello reubicamos el fármaco dentro de una lógica más generosa para el nacimiento de nuestras reflexiones. Integrar el impulso ético tan necesario en un primer término a esta realidad más compleja pasa también por engordar las medidas políticas. Estas medidas, en respuesta a esta complejidad, trasladan sus objetivos últimos a horizontes más amplios que los dibujados por la negociación de las patentes y la necesaria investigación médica. Si el acto ético reside en la denuncia y la exigencia de medidas correctoras, la propuesta ética sólo puede surgir de una cosmovisión más amplia, de una definición política. Superar la bidimensionalidad medicamento-paciente por la multidimensionalidad medicamento-sistema puede ayudar a saltar del acto ético a un tipo de propuesta ética para la cual es imprescindible la argumentación ideológica.

El mejor de los resultados del activismo social por el acceso a los medicamentos que se da ahora en nuestras sociedades, no sería sólo el acceso real a los medicamentos por las poblaciones del Sur, sino la capacidad de haber participado en la necesidad de construir una propuesta de convivencia global que no redujera en el futuro nuestra expresividad política a nuestro estupor moral.

Confiar en el efecto transformador que para las relaciones internacionales puede suponer un reajuste en las dinámicas de acceso a los medicamentos (investigación y patentes, por ejemplo) es menos alentador que la ilusión de integrar esta demanda en un esfuerzo colectivo por rescatar la política. Con ello el acceso a los medicamentos estaría integrado dentro de un discurso más amplio y sin ello corre el riesgo de construirse tanto como símbolo de la injusticia internacional de nuestro momento histórico como en representación de las formas de lucha que adoptó durante un tiempo una sociedad concreta.

Lo anterior se complejiza más al sumar lo señalado en anteriores párrafos: la pérdida de recursos humanos en los sistemas sanitarios de África³ que se ve agravada por la inserción de los profesionales sanitarios occidentales a través de organizaciones privadas de cooperación y por su salida a mercados como el de Estados Unidos o Gran Bretaña.

Buscar respuestas a estas realidades es tan importante como un correcto suministro de medicamentos. La posibilidad de estar desconectando estas dos problemáticas como si pertenecieran a realidades diferentes, subraya la pertinencia de repensar los principios desde los que hablamos; es decir, considerar nuevamente la necesidad de construir una propuesta sistémica, global, o sea política, y las dificultades que para ello puede representar una ética liberada de una fuente ideológica.

Conclusión

El traslado del conflicto **Norte-Sur** llega a nuestras sociedades a través de diferentes vías. Una de ellas es la que hemos explorado en esta recesión de los libros *"El jardinero fiel"* y *"El cerebro de Kennedy"*. Hemos creído conveniente estudiar el juego de lenguajes sobre sentimientos y acciones que legitiman una propuesta literaria crítica con la realidad que sus autores observan. Las causas finales de este análisis no son otras que intentar acercarse a las formas que puede tomar una crítica a las relaciones internacionales a través de los productos culturales de masas.

Los hemos considerado con la relevancia que creemos que tienen, herramientas para despertar conciencias en amplios sectores de la población occidental y por ello mismo, hemos creído necesario reflexionar sobre la amplitud que proporcionan sus discursos. Aunque en las novelas tratadas las conexiones entre diferentes estructuras quedan evidenciadas - es decir, se escribe sobre las relaciones que se establecen entre los intereses privados, los gobiernos del Sur y los estados del Norte - la posibilidad de terminar reduciendo la realidad a unos componentes simples, nos invita a reflexionar sobre las capacidades reales para proponer un discurso más complejo en nuestra sociedad.

Por ello, la necesidad de problematizar la capacidad de solidaridad de nuestra ciudadanía a través del acceso a los medicamentos. La tragedia del Tsunami⁴ nos permite ver que la solidaridad llega en forma de pico (un desmedido crecimiento de los fondos de asistencia en un plazo de tiempo corto) y el dinero de la ayuda se debe, en gran medida, a aportaciones individuales de personas conmovidas por los relatos de los medios de comunicación. Estas personas canalizaron su sentimiento a través de instituciones y organizaciones no

gubernamentales. Ante este contexto y dada su posible reproducción en el futuro, puede ser conveniente reflexionar sobre la posibilidad de proponer miradas más holísticas; que puedan pensar integrando más variables y no corran el riesgo de hacer símbolos desconectados de realidades más complejas. O por lo menos ser conscientes de este defecto.

¹ MANKELL, Henning, *El cerebro de Kennedy*, p. 340.

² Véase, GARRETT, Laurie *The challenge of Global Health* en *Foreign Affairs*, vol. 86 y nº 1. Enero-Febrero 2007.

³ *Ibidem*, ps. 26-8.

⁴ *Ibid.*, p. 20.